



APUNTES SOBRE LA PUNTERÍA
DEL SEÑOR PUTIN
(Operación poética especial)

Rubén Vélez

APUNTES SOBRE LA PUNTERÍA
DEL SEÑOR PUTIN
(Operación poética especial)



Primera edición: septiembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rubén Vélez

ISBN: 979-13-87814-94-6

ISBN digital: 979-13-87814-95-3

Depósito legal: M-18673-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Tiene el corazón duro, como piedra,
y apretado, como el yunque del herrero.

Libro de Job, XLI, 15

A Alexéi Navalny

Desde el 2008,
el año en que empezaste a decir
que todo olía muy feo en Rusia,
el señor Putin trató de silenciarte
por todos los medios.
Y dieciséis años después lo consiguió,
valiéndose de un veneno de cine negro
que te administraron
en la cárcel más inhóspita de tu país.
Durante dieciséis años clamaste
y sufriste en vano.
Rusia no ha probado la libertad
y lo más probable es que nunca la pruebe.
Tus compatriotas, querido Alexéi,
no encuentran fea
la obsoleta condición de sumiso.

SE ADVIERTE QUE ESTE LIBRO ES UN CORREO INTRUSO

Hoy día, todo libro de poesía, así sea más prosaico que poético, como es el caso del presente, debe ser visto con recelo. No te convendría abrirlo. Está bien abrir sin más ni más los manuales de autoayuda, las novelas que se agotan en las supermercados y los tratados de culinaria. Pero un texto intruso puede ser la sorpresa a la vez agradable y desagradable que le ha hecho falta a tu monótona dieta de consumidor de las hamburguesas que nos imponen las grandes editoriales. Ya no importa el contenido. A las hamburguesas que nos sirven los pulpos no se les mira el relleno. Son obras maestras y ya está. No hay que acudir a la crítica para formar nuestro criterio. Si nos atuviéramos a las reseñas que se escriben sobre los libros del año, tendríamos que admitir que vivimos entre genios de la literatura. Nuestra actual república de las letras cuenta con diez grandes escritores. No se necesitó del irrecusable juicio de la posteridad para instalarlos en el Olimpo. Como tienen que acudir a todas las ferias del libro, a las nacionales y las internacionales, no es difícil abordarlos para pedirles el autógrafo y hacerse un *selfie* junto a ellos. Una cláusula contractual los obliga a pisar constantemente la alfombra roja y ellos le cogen gusto a la vida de vedete. Cambian la vida de escritor por la

de estrella y no les queda tiempo para escribir una obra maestra. De entrevista en entrevista, de lucimiento en lucimiento, se les seca el cerebro y se van tan famosos como fatuos. Los estudiosos encuentran en su currículum muchos huevos más o menos redondos y digeribles, pero ni uno solo de pájaro Roc. Basta con que pongan un huevo de oro, siquiera uno, para que pensemos que cumplieron con su destino. «La función genuina de un escritor es producir una obra maestra; ninguna otra finalidad tiene la menor importancia», decía un escritor que no dejó una obra magistral. No haya sosiego en su tumba. ¿Por cuántos años debemos retirarnos del mundanal ruido para no decepcionar a la biblioteca?, ¿y si carecemos de genio? Un *selfie* con un uno de los tantos genios que se exhiben en las verbenas de la literatura nos depararía más seguidores que uno hecho en Dubái o en las Malvinas. Dime cuántos seguidores tienes y te diré si eres a ciencia cierta o apenas una sombra. Las sombras del mundo ya farandulero de las letras son los poetas. Nos preguntamos, no sin congoja, por qué no cambian los versos por las palabras que pide la sociedad de consumo. Sombras masoquistas. Acerca del masoquista que escribió este libro no tenemos nada que decir, salvo que ha practicado el masoquismo con estilo. Cuando hay obra, el autor sobra. Y, sobra decirlo, no hay libro de poesía que no sea autobiográfico. Si no lo es, no nos consideremos defraudados: a falta de fuego interior buenos son los fuegos artificiales. Se encuentran más verdades en la mayoría de los mensajes de texto que en muchos mensajes que pasan por poéticos. Más en los wasaps que en las aguas aparentemente profundas. Un poema no es una ristra de cuentas de oro chino. No son pocos los lectores que preguntan en las librerías por el tesoro que podría cambiarles la vida. Por el Santo Grial de la literatura.

Son muchos los que saben cuál es y qué deben hacer para que ese milagro se les realice cuanto antes. No los espera una vasta biblioteca, sino un jardín de las delicias. En el paraíso que Borges se pedía podemos darle gusto al espíritu, pero no al cuerpo. No seríamos por completo felices. Ante esa pregunta, el librero occidental no se mete a director espiritual. Como es un tendero más, nos encaja el libro que más se está vendiendo. Ambas partes salen ganando. Un *bestseller* no nos cambia la vida, pero la hace más llevadera mientras descansa en nuestra mesita de noche. El hecho de que esta rara mercancía vaya a ocupar tan conspicuo lugar nos tiene sorprendidos. ¿Poesía en vez de prosa?, ¿no habrá sido un lapsus del librero? Puesto que un libro de poesía no se deja resumir, nos abstenemos de hacerlo. No tienes entre manos el gato del año. Digamos, para salir del paso, que trata de la confusión de los términos criminología y kremlinología, de la imposibilidad de la realización del sueño kantiano de la Paz Perpetua y de las tensas relaciones que ha sostenido el autor con la palabra. Con casi todas, salvo con la palabra «gol», la más exitosa de los últimos tiempos. El poeta que no habla como un poeta no la echa a rodar en ninguna de sus páginas. Haya una tarjeta amarilla en su tumba. Gol, penalti, tiro de esquina. Nada acerca de las tribulaciones del dios Balón. Fue una compra infeliz. Hermano consumidor, no hay día en que no cometamos un autogol. Lo dicen al unísono los siete sabios del fútbol.

PRÓLOGO CON FIERAS Y ALMAS BELLAS PARA DEJAR DE HACERSE ILUSIONES

En el año 2014, Rusia, entonces gobernada por Vladimir el Exterminador, se apropió de la península ucraniana de Crimea. Estados Unidos y Europa se contentaron con rezongar. No querían meterse en problemas con el zar que se las ha dado de *panzer*. El presidente Barack Obama, como siempre, hizo bien el papel de *gentleman*. Imitó a la perfección a Arthur Neville Chamberlain, el primer ministro inglés que se dejó embaucar por Hitler. «Paz para nuestro tiempo». Al lobo alemán, para tratar de aplacarlo, se le ofrendó la Caperucita checoeslovaca, y pasó lo contrario: la fiera se abalanzó sobre toda Europa. Si Francia e Inglaterra no hubieran sido pacifistas en 1938, el mundo se habría salvado de otra guerra mundial. Hollywood la habría tenido que invitar. Con un negro como protagonista, para que esa distopía hubiese tenido visos de utopía. Si en el 2014, Obama hubiese encarado a Putin, a este se le habrían quitado las ganas de seguir cercenando a Ucrania. Pero un refunfuño no equivale a un rugido. A Obama le dieron, ve tú a saber por qué, el Nobel de la Paz. En el 2013 refunfuñó unas palabras sobre «las líneas rojas» que no

se debían cruzar en Siria, y el carnicero de Damasco las cruzó una y otra vez. Sigue cruzándolas con el apoyo de su colega de Moscú. Dos criminales de guerra que nunca veremos sentados en el banquillo. El Padrecito Stalin, otro ángel exterminador, murió en su cama, rodeado de sus seres queridos (uno, a veces, habla por hablar: eso es malo para la literatura y bueno para el sistema nervioso). Pol Pot, un fervoroso apóstol del maoísmo que amó a la muerte sobre todas las cosas, convirtió a Camboya en una fosa común. Hubo, por fin, una sociedad de veras comunista, igualitaria, pero bajo tierra. «La democracia que reemplazará a la monarquía es una institución sin igual, pura como el diamante». Esa fiera no murió en una celda. Murió sin morados en la selva, donde deben vivir y morir las criaturas sin Dios ni ley. Pol Pot y Ruhollah Jomeiní se radicalizaron en los círculos intelectuales de París, donde Foucault empezaba a eclipsar a Sartre (dos gurúes de la izquierda que predicaron a la sombra del concepto de libertad y dejaron a un lado la crítica de importantes regímenes liberticidas. No debemos enjuiciar a los nuestros, para que no se diga que nos estamos torciendo). La capital mundial de la lucidez los iluminó y ellos, el hijo de Mao y el hijo de Alá, Pot y Jomeiní, instauraron en sus respectivos países un feroz oscurantismo. No hay época que no haya sido adversa a la justicia; no pocas la han abolido por completo. «Quien las hace, tarde o temprano las paga», dicen los ilusos. Muchas películas han visto y pocos libros de historia han leído. Putin, de un zarpazo, se apropió de Crimea, y como Occidente miró hacia otro lado, al Kremlin se le creció el apetito y se dedicó a madurar sus planes para quedarse con el resto de Ucrania. Se le había metido en su cabeza de huno que la independencia de ese país era una anomalía histórica. Ucrania tenía derecho a ser; eso sí, en el

seno de la Santa Madre Rusia. Tenía derecho a... no ser. El 24 de febrero del año 2022, porque sí, como hacían los nazis, los blindados rusos irrumpieron en la vecindad. Y lo que debía ser una guerra relámpago, se convirtió en una interminable y horrorosa guerra de desgaste. Putin hizo mal sus cálculos de animal apocalíptico. Lo que no han hecho los traficantes de armas. Para esa gente —la única que siempre tendrá razones impactantes para hacerse ilusiones—, Ucrania es el campo de tiro donde Rusia y la OTAN ponen a prueba sus más avanzados juguetes de la muerte. Ahora saben qué parte dejará de hacer buenos negocios. Y, también, quiénes se forrarán tras la enésima destrucción de Troya. Lástima que los corresponsales de guerra de hoy en día carezcan del vuelo de Homero.

24 DE FEBRERO DE 2022

Por último, unas cuantas palabras sobre la lucha que debemos emprender contra la palabra «guerra». Será una palabra enemiga, pues el enemigo se valdrá de ella para que se piense mal de nosotros. Guerra es barbarie. Guerra son los tiempos de las invasiones mongolas. Así que queda categóricamente prohibida. Queda reservada para referirse a los otros. En el asunto que nos ha ocupado durante los últimos meses —para hablar de los pasos que la facción pérfida de los pequeños rusos dará en el frente que ahora mismo vamos a abrir, pasos tan bárbaros como vanos—, los bárbaros son los otros, los que se oponen a los altos designios de la Tercera Roma. La completa destrucción de una ciudad por parte de nuestros hombres no será considerada como un hecho de guerra. Será considerada como un hecho militar especial. Publíquese y cúmplase. Ah, y proclámese a los cuatro vientos que amamos la paz.

ELEMENTAL, MR. ORWELL

No digas guerra,
di operación militar especial.

No digas agresión,
di legítima defensa.

No digas sometimiento,
di cruzada.

No digas genocidio,
di desinfección.

No digas qué horror,
di qué bien.

No digas nada,
que cualquier palabra tuya,
incluso la que ahora
tienes en la punta de la lengua,
será utilizada en tu contra.

No digas «esta boca es mía»,
di «me merezco la suerte del pez».